

# La fe que obra por el amor

## Gálatas 5:6

*Pastor Tim Melton*

Martín Lutero es conocido por el papel que jugó en la Reforma Protestante del siglo XVI. Dios lo usó a él y a otros para liberar a muchos de la tiranía de la religión "basada en las obras" y para presentarles el Evangelio de Jesucristo a través de la Palabra de Dios. Lutero proclamó la salvación por la gracia mediante la fe que durante mucho tiempo no había entendido.

Al principio de la vida adulta de Lutero, incluso después de que un rayo cayera cerca de él y de su promesa de seguir a Dios, su vida fue marcada por un legalismo rígido que solo le traía sentimientos de culpabilidad y de temor. Ingresó en el monasterio más estricto que pudo encontrar creyendo que esto le otorgaría una vida de paz, liberándolo del juicio de Dios que temía constantemente. Se dedicó plenamente a la vida monástica. Era obsesivo, legalista e implacable en sus tareas y disciplinas monásticas. Su radical dedicación a orar, ayunar, dormir sin mantas y castigarse a sí mismo, casi acabó con su vida.

*"Me torturaba a mí mismo. . . y me infligía tales dolores como nunca me volvería a infligir. . . si hubiera durado mucho más, me hubiera matado con vigiliias, oraciones, lecturas y otras labores."*<sup>1</sup>

Pero, ¿por qué Lutero se hacía esto a sí mismo? Él sabía lo pecaminoso que era. Había sido educado como abogado y sabía lo que significaba un juicio, aunque fuera por una infracción menor. A menudo Lutero se pasaba horas del día confesándose. Uno de sus mentores llegó a decirle: *"Si vas a confesarte tanto, al menos haz algo que valga la pena confesar."*<sup>2</sup>

Lutero incluso hizo un viaje a Roma, creyendo que esta peregrinación a la "ciudad santa" de alguna manera podría traerle el perdón y la paz, pero en cambio no encontró nada más que pecado entre los

---

<sup>1</sup> Stephen J. Nichols, *Martin Luther: A Guided Tour of His Life and Thought* (Phillipsburg: Presbyterian & Reformed, 2002), 29.

<sup>2</sup> Timothy George, *Theology of the Reformers* (Nashville: B&H, 2013), 65.

sacerdotes, y rituales vacíos que no le trajeron alivio. Al regresar a casa, el mentor de Lutero preguntó por qué no podía entender el amor de Dios. "¿Amar a Dios?" Lutero respondió: "No puedo amar a Dios, lo odio."<sup>3</sup> Con el tiempo, Lutero fue enviado fuera para ser profesor de teología. Entonces, enseñando Salmos, Romanos, Gálatas y Hebreos, comenzó a descubrir la salvación de Cristo a través de la fe.

Lutero anhelaba estar en paz con Dios, pero incluso siendo un monje casi perfecto, no tenía ni la seguridad, ni la paz de que su rígido legalismo fuera suficiente para agradar a Dios. Fue entonces cuando encontró la cita que hacía Pablo de Habacuc 2:4 con estas palabras: *"El justo por su fe vivirá."* La salvación no llega confiando en nuestras buenas obras. La salvación viene por medio de la fe en Jesucristo. Nuestra justicia es en realidad la justicia de Cristo. Así como Cristo tomó sobre sí mismo la pecaminosidad del hombre, así también nosotros tomaremos sobre nosotros la justicia de Cristo.

Como se puede leer en Efesios 2:8-9: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe."*

Lutero continuó sirviendo a Dios con toda su energía y determinación, pero la carga y el temor de la ley ya no eran su incentivo. Su pasión ahora era impulsada por el amor que recibía de Cristo. Todo lo que Dios haría a través de la vida de Martín Lutero se remontaría a esta relación de amor que encontró en Cristo. La ley había sido reemplazada por el amor.

Lutero se había enfrentado a los mismos problemas que había tenido el apóstol Pablo en el siglo I.

El contexto familiar y social del judaísmo estricto de Saúl lo llevaron al legalismo y al odio. Como fariseo, la ley había sido su motivación, pero una vez que puso su fe en Cristo, la ley fue reemplazada por el amor. Este amor demostró ser más valioso que la vida misma. Por compartir el amor de Cristo, Pablo aguantó voluntariamente ser azotado, golpeado y casi apedreado hasta la muerte. Fue encarcelado injustamente varias veces y naufragó más de una vez. Tuvo días sin sueño, cobijo o comida por el bien de Cristo, pero desde una celda de una prisión romana pudo escribir: *"He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación"* (Filipenses 4:11). Una vez que Pablo entendió la grandeza del amor de Dios, su vida cambió radicalmente. Pasó de arrestar y perseguir a los cristianos a convertirse en un líder cristiano. Por amor estaba dispuesto a dar su vida por la gloria de Dios y la salvación de los demás.

Una lucha similar entre la ley y el amor también estaba sucediendo en las iglesias de Galacia. Muchos gálatas habían puesto su fe en Jesucristo y habían nacido de nuevo (Juan 3). Más tarde se les presentó un falso evangelio que exigía no solo creer en Cristo, sino también hacer buenas obras para ganar la salvación. Esto los dejó confundidos. ¿Cuál era realmente la manera de ser hechos justos con Dios? ¿Era a través de la fe y la confianza en Cristo, o era a través de las obras y de la confianza en sí mismos?

Estos falsos maestros judíos exigían que los gálatas fueran circuncidados para hacerse judíos y así ser aceptados por Dios. Pero Pablo argumentó que si uno confiaba en las buenas obras físicas, entonces no confiaba en Cristo y no había nacido de nuevo.

---

<sup>3</sup> Nate Picowicz, *Why We're Protestant: An Introduction to the Five Solas of the Reformation* (Entreating Favor, 2017), 284.

La circuncisión era una señal externa de que uno estaba apartado para Dios. La circuncisión separaba a los judíos de las naciones vecinas. Tenía que ser un símbolo externo de ser apartado para Dios que apuntaba a un corazón que estaba consagrado a Dios. Debido a esto, si una persona había sido circuncidada físicamente pero su corazón no estaba consagrado a Dios, la circuncisión física no tenía ningún sentido. Por otro lado, si el corazón de uno estaba "circuncidado" y consagrado a Dios, pero uno no había sido circuncidado físicamente, esta persona estaba reconciliada con Dios. Al final, lo más importante era tener un corazón consagrado a Dios, y no la circuncisión física.

Estar circuncidado o tratar de hacer buenas obras no puede reconciliar a uno con Dios. Solo la fe en Cristo puede hacer eso. Ese era el argumento de Pablo ante estos falsos maestros. No confíes en la ley y en tu propia obediencia para la salvación. Es imposible ser santos por nuestra cuenta. Confía en Cristo.

En Gálatas 5:6 Pablo continúa su razonamiento con estas palabras: ***“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.”***

Cuando, mediante la fe, encontramos el amor y la misericordia de Dios, esto nos impulsa a vivir vidas santas y a amar a los demás como hemos sido amados. Ya no buscamos ser justos por miedo, sino por amor. El verbo "tener que" se cambia por "querer". Al deleitarnos en el Señor, él cambia los deseos de nuestros corazones (Salmo 37:4). Como vemos en Ezequiel 36:26-27, *“Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.”*

Nuestra relación con Cristo no está gobernada por la ley y la culpabilidad. Las Escrituras describen una relación de gracia con Dios: *“La bondad de Dios te guía al arrepentimiento”* (Romanos 2:4). *“En esto consiste el amar a Dios: en que obedezcamos sus mandamientos. Y estos no son difíciles de cumplir”* (1 Juan 5:3).

A través de la fe en Cristo estamos reconciliados con Dios. El espíritu de Cristo se une a nuestro espíritu y nos da un corazón que ama a Dios, y redirige nuestros afectos y nuestros deseos hacia las cosas de Dios. Cuando comprendemos verdaderamente la amplitud, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios por nosotros en Cristo, nuestros corazones no pueden hacer otra cosa que manifestarse con gratitud y con el santo deseo de servir y honrar a Dios para siempre.

El amor del creyente es el resultado de la presencia de Cristo en él. Nosotros no producimos el amor en nuestras vidas. Como creyentes en Cristo nuestro amor por Dios, por la santidad y por otros creyentes, es el amor de Cristo en nosotros. Para que nosotros amemos correctamente debemos tener a Cristo en nuestras vidas. 2 Pedro 1:3 lo describe de esta manera: *“Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.”*

*“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros lo amamos a El porqué El nos amó primero”* (1 Juan 4:18-19).

Cuando llegamos a conocer el amor de Cristo, ya no hay miedo al juicio o la condena. Ahora tenemos amor eterno. Incluso en nuestros fallos estamos seguros, cubiertos por la justicia de Cristo, motivados por el amor.

Hemos sido justificados ante Dios por lo que Cristo ha hecho por nosotros. Llevamos puesta la justicia de Cristo. Si realmente estamos en la fe y el Espíritu de Cristo está en nosotros, entonces tenemos la seguridad de nuestra salvación.

A la luz de esta transacción de la ley al amor, vamos a considerar tres preguntas:

### **1- Así pues, ¿mi salvación no depende de lo buena o mala que haya sido mi vida?**

Correcto. *"Sin fe es imposible agradar a Dios"* (Hebreos 11:6). Incluso nuestras mejores obras, sin Dios, no son nada más que trapos de inmundicia (Isaías 64:6). *"Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios"* (Romanos 3:23).

*"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8-9).

Al mismo tiempo, no hay pecado demasiado grande para no ser perdonado. *"Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro"* (Romanos 6:23). *"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad"* (1 Juan 1:9).

### **2- Así pues, una vez que soy creyente, incluso si pecco, ¿nunca podré perder mi salvación?**

Aunque las "malas noticias" de nuestro pecado nos condenaron, también nos mostraron que nuestra salvación no dependía de nosotros. Nuestra salvación fue obrada por Cristo, nuestro Salvador. Si nosotros, en medio de nuestra pecaminosidad, hubiéramos podido lograr nuestra propia salvación, entonces nuestra salvación estaría "construida sobre la arena" y existiría en un estado muy precario. Pero nuestra salvación fue obrada por Cristo. En sus palabras: *"Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre"* (Juan 10:28-29). Sus manos son las únicas que son capaces de llevarnos a la salvación, y debido a esto ahora estamos seguros durante toda esta vida y en la eternidad.

Jonathan Edwards, en su libro *A Treatise on Religious Affections* (Tratado sobre afectos religiosos), escribe sobre cómo aquellos que han nacido de nuevo en Cristo Jesús experimentarán un cambio de deseo y de afectos. Tendrán un deseo de santidad, un deseo por las cosas de Dios y un deseo por el pueblo de Dios.

Edwards dice lo siguiente: *"Donde se produce la verdadera conversión hay una nueva naturaleza, hay un nuevo hombre interior. Y ese nuevo hombre interior tiene una pasión por la santidad. Él no siempre es lo que debería ser, no siempre dice lo que debería decir, no siempre piensa lo que debería pensar, pero su pasión es la santidad"*.

En las Escrituras vemos que, incluso en medio del pecado, un creyente tiene el deseo de santidad. Los seguidores de Cristo pecarán, pero su pecado estará seguido por la convicción y la disciplina, a través de las cuales Dios lleva a sus hijos cada vez más a la obediencia a Cristo. Aquellos que continúan en pecado sin la convicción o la disciplina del Padre muestran que nunca estuvieron verdaderamente en la fe. Quien está verdaderamente en Cristo, aunque sea culpable de pecado, nunca perderá su salvación. Aquellos que continúan en pecado sin ningún signo de remordimiento o afecto santo nunca estuvieron en la fe, sin importar lo religiosos que sean.

### 3- Entonces, ¿qué pasa si no amo a Dios y todavía amo al mundo?

1 Juan 2:15-16 nos contesta esta pregunta: *"No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— proviene del Padre, sino del mundo."*

Si uno no desea la santidad o las cosas de Dios, simplemente no ha nacido de nuevo. Estos no son verdaderos seguidores de Cristo. Como Cristo dijo en Mateo 13, quizás han estado expuestos a Cristo y lo apreciaron de momento o durante un tiempo, pero cuando llegan las presiones y tentaciones del mundo, se revela que su amor verdadero todavía era para el mundo y no para Cristo.

El amor por la santidad, por las cosas de Dios y el amor por el pueblo de Dios son indicadores de que uno está verdaderamente en la fe. Como se ve en 1 Juan 3:14, *"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos."*

Una vez más, en *A Treatise on Religious Affections* (Tratado sobre afectos religiosos) de Jonathan Edwards, leemos estos pensamientos sobre la importancia del amor por nuestros hermanos y hermanas en Cristo:

*"De repente, gente por la que no sentías afecto, por la que no tenías ningún interés, que veías como extraña, como rara, que percibías fuera de tu estructura social, fuera de tu interés, gente con la que virtualmente no querías tener nada que ver porque no podías conectar con ella, de repente te encuentras amando a esa gente. Este es el cambio, la alteración del corazón. Esto es parte del nuevo afecto que tienes, ese afecto por el pueblo de Dios. Y los amas no solo con palabras, no solo diciéndolo, no solo con la lengua, no es un amor superficial hipócrita, sino que es un amor que se expresa a través de los hechos."*

Todo este discurso sobre nuevos deseos y afectos es la expresión de un corazón que ha sido convertido de la ley al amor de manera sobrenatural. Ya no estamos motivados por el miedo y la culpa, o incluso por una conciencia que nos condena. Hemos sido perdonados. Ahora somos amados con un amor eterno. El amor de Cristo está ahora en nosotros. Nos ha dado nuevos afectos y deseos por Cristo, su pueblo, su gloria y la salvación de la gente perdida. Ahora somos libres de amar como Cristo nos ama. En eso encontramos libertad, propósito y nos impulsa a vivir una vida justa por el bien de los demás. Amamos porque Él nos amó primero (1 Juan 4:19).

Si no estás en la fe, arrepíentete y cree en Jesús, hoy. Él anhela acercarte a Él.

Si estás en la fe, nutre el Espíritu de Cristo, su espíritu de amor, que vive dentro de ti. Lee la Biblia. Ora a menudo. Pasa tiempo con otros creyentes. Sirve a otros en necesidad. Que el amor de Cristo prospere en tu vida.

Hemos sido liberados de la ley y ahora somos libres de vivir con amor. Bendiciones para todos nosotros, en Cristo Jesús.